

Cada semana una parte del paisaje desaparecía, engullida por el avance insaciable de las excavadoras. A su paso tan sólo quedaban enormes solares en los que, en pocos meses, los kioskos, los parques, las casas bajas, y las aceras sobre las que se había cartografiado mi infancia serían sustituidos por centros comerciales y gigantescos edificios de oficinas.

-Es el progreso – decía mi padre -, y no se puede hacer nada por detenerlo.

No había en sus palabras ni un ápice de tristeza. Al contrario, para él nuestro hogar nunca fue más que el espacio en el que mi madre había muerto demasiado joven, demasiado pronto, y veía aquella voracidad constructora como la oportunidad perfecta para escapar de sus recuerdos. Para mí, sin embargo, la devastación imparables y agónica del que había sido mi barrio suponía la pérdida definitiva de la inocencia y mi entrada de lleno en la edad adulta. Durante un tiempo, además, mi padre y yo hubimos de vivir bajo el peso de nuestras mutuas pesadumbres. La condena de ver, en mi caso, como todos mis amigos se iban marchando, uno a uno, y entre lágrimas. Y en el de mi padre, su angustiada espera de algún amable promotor que se ofreciese a echar abajo nuestras paredes.

Nosotros vivíamos en la parte más alta del barrio, y nuestras casas fueron las últimas que se mantuvieron en pie. Aún así, en el año en el que cumplí los dieciocho, apenas diez o doce viviendas quedaban ya como único testimonio de unas calles que, nunca más, habrían de ser las mismas, de un mundo

antiguo en el que sus habitantes, nunca más, habrían de mirarse a los ojos y de saludarse por el nombre de pila al cruzarse en el colmado.

Aquel verano, en plena desesperación por una oferta que no llegaba, mi padre se marchó a trabajar a un hotel de la costa.

-Más te vale que estudies – me dijo por toda despedida.

Él estaba empeñado en que yo comenzara el curso siguiente la carrera de Arquitectura, y mi nota en la primera convocatoria de la Selectividad no había sido suficiente, de modo que no me quedaba más remedio que volver a intentarlo en septiembre.

-No te preocupes – le respondí con toda la sinceridad que me fue posible impostar.

No debí de hacerlo demasiado bien, sin embargo, pues ya en la primera tarde de su ausencia recibí en mi casa, y por sorpresa, al que iba a ser mi guardián a lo largo de tres meses. Supe quién era en cuanto llamó a la puerta. Siempre daba cinco golpes secos de nudillos, ignorando el timbre, con la determinación de quien sospecha que detrás de cada interruptor puede esconderse una bomba.

-Señor Montiel – le dije desde el pasillo -, ¿necesita algo? – rematé ya girando el picaporte.

-Tu padre me ha dicho que te vigile – farfulló, y sin más pasó al salón, y se sentó en la butaca, detrás de mi mesa de estudio.

El señor Montiel era uno de nuestros vecinos más veteranos, y uno de los pocos que se negaban a marcharse. A él, al contrario de lo que nos sucedía a nosotros, sí le habían llegado a poner varios millones sobre la mesa por su

terreno, pero el señor Montiel rehusaba la venta, como si no hubiera dinero en todo el planeta que pudiese impresionarlo. En realidad, habitualmente transmitía la sensación de que nada lo impresionaba demasiado. Caminaba despacio, tan encorvado que parecía tener un viento propio soplándole en el rostro, y cuando levantaba la mirada dejaba ver un ceño perpetuamente fruncido, unas ojeras dibujadas en cientos de noches de insomnio, y unos ojos cargados de finas líneas rojas, que hacían sentir por él una lástima inmediata. Además, llevaba siempre, colgados de su cuello, unos viejos prismáticos de la Guerra Civil, un detalle extraordinariamente excéntrico en un anciano que, por lo demás, habría resultado un tipo de lo más normal. Los chicos del barrio especulábamos sobre cuál sería el motivo de aquel peculiar adorno. La mayoría estábamos convencidos de que los usaba para espiar a las mujeres, apostado desde alguna ventana de su casa. Otros, más soñadores, se figuraban que era un ojeador de un club de fútbol que, desde esas mismas ventanas, nos observaba en nuestros interminables partidos en el descampado. Y algunos había que imaginaban que aquel hombre insignificante era, en realidad, un espía al servicio de algún gobierno extranjero. De ahí, y de su escasa estatura nació su apodo, un incómodo Cero, cero, tres y medio, que con el paso del tiempo acabó reduciéndose al más eufónico Tres y medio.

Tres y medio se convirtió, por tanto, en mi sombra inevitable, todos los días, entre las cuatro y las ocho de la tarde. Bastaba con que me levantara a buscar un vaso de agua, o que bostezara, o que, simplemente, estirase los brazos sobre la cabeza, para que él musitara un “*estudia*” que me helaba la sangre, pues el profundo silencio previo en el que se mantenía hacía que, a menudo,

me olvidara de que estaba allí, a mi espalda. De vez en cuando, si mi repaso se alargaba más de la cuenta, le invitaba a cenar, y ni siquiera en esas ocasiones se animaba a romper su mutismo. Se limitaba a masticar, acariciando de tanto en tanto sus prismáticos, y sólo una vez, después de observarme concentradamente durante unos minutos, abrió la boca para decir:

-Me recuerdas a alguien.

Me acabé acostumbrando a su presencia invisible, del mismo modo en el que los cuerpos se acostumbran a una lenta fuga de gas, por eso el primer día que faltó a su cita, a finales ya de agosto, apenas pude concentrarme en los libros, y el segundo día ni siquiera fui capaz de sentarme y estuve dando vueltas por toda la casa aguardando con extraña inquietud por la llegada de mi vigilante. Caía la tercera tarde consecutiva sin noticias de Tres y medio, cuando alguien llamó al timbre.

-Hola, soy la hija del señor Montiel – saludó sin esperar respuesta una mujer a la que no había visto nunca -. Verás, es que mi padre está ingresado en el hospital, y ha insistido mucho en que te avisara para que no estuvieses preocupado y, claro, como no sabe tu número de teléfono, he tenido que venir a decírtelo en persona.

-¿En el hospital? ¿Se encuentra bien?

-Bueno, ya sabes, es muy mayor. Quería preguntarte, si no es mucha molestia, y ya que parece que sois amigos, si te importaría echar un vistazo al correo de vez en cuando, y comprobar si cuelan algún aviso bajo la puerta – dijo mostrándome en la palma de su mano las llaves de la casa de mi vecino -, es

que esto está lejísimos de todo y, la verdad, hasta que vendamos la casa preferiría ahorrarme cuantos más viajes mejor.

-¿Van a vender la casa?

-No te preocupes – remató metiéndose ya en su coche -, que te daremos alguna gratificación.

Otra casa iba a caer, y aturdido aún por la noticia, tardé unos segundos en reaccionar. Corrí hacia la mujer, gritando:

-¿En qué hospital está?

Pero el coche ya no era más que una estela de polvo que se alejaba.

Aquella noche estuve mirando las llaves del señor Montiel durante horas, y a la mañana siguiente, no pude aguantar más la curiosidad y entré en su casa. Se diría que aquel era más un espacio provisional que un hogar habitado durante varias décadas. No había fotos, ni cuadros, ni figuras de porcelana. No había televisión, ni radio. No había libros. No había discos. Nada. Quizá, supuse, Tres y medio había ido vendiendo todas sus pertenencias para pagarse una vida que se le escapaba, o puede que su hija ya se hubiera encargado de vaciar la casa antes de deshacerse de ella. El caso es que, cuando me dispuse a inspeccionar su dormitorio, no me quedaban demasiadas esperanzas de encontrar algo interesante, pero en cuanto entré en el cuarto los vi, sobre la cama, como una mosca en mitad de un plato de leche: aquellos prismáticos de cubierta oxidada que tantas historias me habían hecho inventar de pequeño. Imaginé una más, imaginé al señor Montiel luchando por llevárselos al hospital, mientras los camilleros lo arrastraban sin compasión hacia la ambulancia, mutilándolo, sin saberlo, al obligarle a separarse de ellos. Los tomé como si se

trataran de alguna especie de reliquia y me acerqué a la ventana. Al alzarlos hasta mis ojos, y al observar a través de sus lentes el vacío aumentado y absoluto del único mundo que yo había conocido, sentí que mi estómago se llenaba repentinamente de escombros y que me arrastraba colina abajo en una caída sin frenos, en la que todo era incertidumbre. Comencé a marearme, y ya estaba a punto de bajar los prismáticos y regresar a mi casa, cuando el estruendo de la demolición con explosivos del antiguo depósito de agua del barrio me hizo soltarlos de golpe. Fue como si hubiera roto el mayor de los tesoros descubiertos por la humanidad. Yacían entre mis pies, con su tapa posterior separada, dejando a la vista todo su mecanismo interno, y mostrando al exterior un pequeño canutillo de papel alojado junto a la rueda de enfoque.

En otro tiempo, en otras circunstancias, me habría limitado a recolocar la tapa, pero aquel papel parecía apuntarme, acusatorio, parecía estar ahí para que yo lo cogiera. No lo pensé demasiado cuando, simplemente, me agaché y lo desenrollé. Era una carta muy breve: *“Querido Manuel”, decía, “sabes que lo nuestro es imposible. Yo tengo a mi mujer y tú estás a punto de casarte. Miremos al futuro y quedémonos con los recuerdos. Al menos nosotros, en la guerra, encontramos algo más que dolor y muerte. Tuyo, para siempre, Fernando”*.

No era un espía, ni un mirón, el señor Montiel era simplemente un hombre aferrado a una vida que no había podido vivir. Pude adivinar el miedo, el desencanto y la rabia que debieron de dominar a mi vecino, atrincherándose en su espíritu hasta convertirlo en el hombre apagado que yo había conocido.

Volví a enrollar la cuartilla, la introduje en el hueco de los prismáticos y ajusté de nuevo la tapa, descubriéndome estúpidamente culpable de haber invadido una intimidad ajena, y me lancé a llamar de inmediato a todos los hospitales hasta que al filo del mediodía conseguí dar con aquel en el que habían ingresado al señor Montiel. Lo visité esa misma tarde. Llamé con cinco golpes de nudillos a su puerta. Nadie respondió. Entré. Estaba solo y dormía. Tuve la tentación de despertarlo, pero pensé que ya me había excedido asaltando sus recuerdos y que nada me daba derecho a alterar también su descanso, de modo que dejé los prismáticos sobre su mesilla y me marché. Nunca volví a verle y sólo años más tarde supe que había muerto pocas horas después de mi visita. Siempre he querido pensar que lo hizo con sus prismáticos al cuello, reunido con sus fantasmas.

Esa semana, quince días antes de lo previsto, mi padre regresó.

-¡La he vendido! – gritó – ¡Por fin, he vendido la casa!

Sé que fue aquella nota clandestina del señor Montiel, aquella renuncia, aquel miedo a la existencia deseada, sé que fue el recuerdo de sus ojos tristes y cargados de finas líneas rojas, lo que me dio el impulso necesario para girarme hacia mi padre y decirle las palabras que llevaban meses palpitándome en los labios.

-Papá, no quiero estudiar Arquitectura.

La mueca de derrota que asomó en su rostro, borrando de golpe la alegría con la que había entrado en nuestra casa, me dolió durante años, pero estoy convencido de que hice lo correcto.

Aquel otoño no me matriculé en la carrera que mi padre siempre había soñado para mí, no me matriculé, de hecho, en ninguna carrera, y casi al tiempo en el que nos despedimos de la que había sido nuestra casa, yo me despedí de mi padre y comencé a viajar, buscándome a mí mismo, trabajando de cualquier cosa en cualquier lugar hasta que, por fin, descubrí cuál era mi propósito en el mundo. Estudié magisterio y me hice profesor en un pueblo en el que todas las casas son bajas y en el que la gente aún se mira a los ojos. Mi padre, de vez en cuando, me visita, acostumbrado ya a que su hijo construya mentes en lugar de edificios, y feliz de que su nuevo nombre sea el de abuelo.

Eso sí, aunque en ocasiones he regresado a mi antigua ciudad, jamás he sido capaz de volver a pasearme por el que fuera mi barrio, y ya he aceptado que, quizá, nunca reúna el coraje necesario para hacerlo. Al fin y al cabo, la nostalgia más profunda, aunque sea mitigada por el paso de los años, resulta casi siempre invencible. Deja posos alojados en las paredes del estómago o en los pulmones, y hay quien asegura notar sus púas lacerantes entre las costillas, o en el fondo del paladar, o en cada una de las vértebras. En mi caso, me pesa especialmente cada vez que me veo asaltado por los recuerdos de aquel verano con el señor Montiel, y es en esos instantes cuando puedo notarla balanceándose junto a mi esternón, golpeando mi pecho en cada paso, asemejándose, sí, a unos viejos prismáticos que colgaran de mi cuello.

Seudónimo: Voynich